

Rosana de Souza Coelho

Trabajo individual

"Cuando por primera vez miró su nuevo rostro sintió un fuerte impacto interior (...) Era como si, al parecer diferente, se hubiera vuelto más a sí mismo (...) Una necesidad angustiosa de conservar la imagen lo hizo ir a un establecimiento fotográfico lejos del barrio donde vivía, para que le sacasen una fotografía. [Y] quería una foto con cuidado, que le gustara y pudiera guardar y contemplar, una imagen con la que pudiera decirse a sí mismo, Este soy yo" (Saramago, 2008, p. 146). En la novela de José Saramago, "El hombre duplicado", este pasaje describe el momento en que Tertuliano, un profesor de historia, decide alcanzar su *doble*, el actor de segundo nivel Antonio Claro. Así que compra aderezos en un tienda de disfraces y, delante del espejo, constituye "otra imagen" en un intento de delimitar con mayor claridad la tenue línea entre el yo y el otro. El fenómeno de *doble* fue tematizado por Freud, en medio de sus estudios acerca del extraño. En ellos, él ve al extraño como aquella categoría del miedo que se refiere a lo que se conoce y lo que es familiar. Freud señala que al principio el *doble* fue tomado por el ego como una garantía contra su destrucción, después se convirtió en "el extraño anunciador de la muerte". Relacionado a las causas infantiles, el *doble* nace del amor a sí mismo sin límites y es progresivamente investido por el yo que atribuí características que pertenecían al antiguo narcisismo no superado en los primeros años. Con Lacan, vemos que las apariciones del *doble* son efectos del estadio del espejo, en que el yo se experimenta como unidad imaginaria, se perfila como "instancia de engaño", donde el mundo se reduce a su punto de vista. Isidoro Vegh señala que tanto para Freud como Lacan, la primera condición de existencia del sujeto es el reconocimiento del "no-yo", algo que es externo a él, es decir, "si no constituye un no-yo, un no-sujeto parte de la estructura, no existe la posibilidad de un primer ingreso como un sujeto" (Vegh, 2005). Tenemos entonces la radicalidad extrema del reconocimiento de la vigencia del otro como condición y parte del sujeto. Reconocimiento mezclado tanto por la violencia como por la negación de la presencia del otro, el cual da lugar una modalidad de relación intersubjetiva para siempre

pautada en la economía del deseo y del goce. Y es por iniciarse en la violencia-negación que el encuentro con el otro va a actualizar incesantemente el deseo de tomarlo en su totalidad y la totalidad de su goce. Sin embargo, en este acto, el yo encuentra la opacidad implacable del otro, pierde la imagen que se revela a él y que le hace falta. Lo que el yo encuentra en este acto es el otro como parte de su historia, enredado en la trama significativa que lo inscribe como sujeto (Vegh, 2005). Esto parece estar apuntando en el seminario de Lacan XVI, donde recupera la máxima cristiana "ama a tu prójimo como a ti mismo", para pensar en el hilo del lenguaje que une el yo, el otro y el Otro. Allí, reduce en un dicho lo que demuestra el vínculo constitutivo del yo con el otro: "El próximo es la inminencia intolerable del goce", sea el goce que el otro hace en relación a mí, sea el mío en relación al próximo. Vegh pregunta cuáles son las maneras del otro cuando este se presenta como próximo. Propone que pueden ser cualesquiera, del amigo al transeúnte ocasional, una vez que aparezca una "dimensión invocadora", que puede ser tanto la palabra como la mirada: "Es en la medida en que hay invocación que el otro llega a la dimensión del próximo". Sin embargo, dice el autor, cuando surge como próximo no garantiza su bondad, pues también puede ser su ruina. Después de la reunión entre Tertuliano y António Claro ellos deciden no encontrarse más. No obstante, en la mañana siguiente, el profesor decide enviar una falsa barba al actor. Sintiendo desafiado, António Claro investiga la vida de Tertuliano y descubre que él es novio de Maria da Paz. La respuesta viene galopante: el actor llama a Maria da Paz, finge ser el profesor y la invita a pasar la noche juntos. Antes, comunica al profesor su decisión y le toma prestado sus ropas, el coche y los documentos. La reacción del profesor no es diferente: va a casa del actor y ocupa su lugar en la cama con su mujer, Helena. El día siguiente, Tertuliano se entera de la muerte de Maria da Paz y de António Claro en un accidente con su coche. Entonces decide revelar su identidad a Helena y tomar el lugar del actor como su marido. Durante el entierro de António Claro, Tertuliano está sólo en casa y contesta el teléfono. La voz al otro lado, exactamente igual la suya, le habla de semejanzas físicas e insiste encontrarlo. Tertuliano argumenta que no cree en estas semejanzas, pero, después de alguna resistencia, acepta la cita. Cuelga el teléfono, toma una hoja de papel y escribe, sin firmar: "Volveré". Va al dormitorio, abre un cajón donde está el arma y la carga. Cambia de ropa, camisa limpia, corbata, pantalones, abrigo, los

mejores zapatos. Pone la pistola en el cinturón y se va. ¿Quién es ese otro que, en su condición de *extimidad*, muestra una manera al mismo tiempo semejante y diferente de goce? Ese otro es el semejante, la imagen constitutiva y alienante, experimentada como un intruso, que invade y compite con el yo por el mismo lugar imaginario. Es todavía el “yo ideal” como imagen esculpida por los significantes del Otro del discurso, el cual jamás está ausente e incide en la diada imaginaria yo-otro, condición de existir del lazo social (Quinet, 2012). Vamos a recordar que Lacan (1972) apunta como discurso las modalidades del goce que conforman el lazo social, y forja el *Discurso del Capitalista* para señalar que, bajo la caída de Dios, el reino de la ciencia y de la tecnología tiene como corolario la instrumentalización de goce e imprime una ética y una política que no está exenta de efectos sobre la subjetividad. El campo social y político posmoderno muestra una multiplicidad de discursos, pero parecen planteados al unísono. La subjetividad, paradójicamente múltiple y estandarizada, revela un incremento de la angustia ante el *doble*, llevando al sujeto intensificar el refugio en el *narcisismo de las pequeñas* diferencias o a poner en acto la violencia que resulta en la eliminación del otro. Fuks (s/d) señala que una ética que reconozca la imposibilidad de tener una identidad fija e inmutable, puede impedir la viabilidad de los proyectos políticos totalitarios, que repudian la diferencia como constitutiva de la dinámica social. Una ética que resiste a la tentación del *Soberano Bien*, en la cual el reconocimiento del deseo del otro no “refleje”, necesariamente, una amenaza al yo, pero haga posible que la sumisión a los códigos comunes cohabite el encuentro con la singularidad de cada uno. Ética que sea el pilar de una política del Real, donde el hacer político no elimine el *resto* que resiste al ingreso a la Ley, y reconozca, precisamente allí, el poder de la transgresión creadora. Acto ético y político que tiene la intención de trabajar con lo imposible. Acto psicoanalítico.